

exigía Paja y Utensilios, Cientos y Alcabalas, Sisas y Millones, Rentas provinciales y Estancadas, tanto por ciento de Propios y Arbitrios, Derechos de Puertas, Pesos y Medidas, carretera de Berceo y mil otras gabelas, de cuyos nombres ya no me acuerdo, sin contar con las de justicia, de las que mi padre huía como del diablo, porque con el acento de la más íntima convicción solía decirme, que aunque inmenso y agobiador el peso de aquellas otras cargas no mataba de repente: un labrador desahogado, inteligente y laborioso, podía tirar con ellas por más ó ménos tiempo; pero que no había espaldas ni hombros de labrador alguno que, á mayores de aquellas cargas, pudiese sobrellevar las de un pleito, ó la desgracia de verse envuelto en una causa.

Crecía yo en años, y continuaba en mi oficio de pastor. Más de una vez, durante mis pastoriles excursiones por las laderas y gargantas del Montalvo, había yo reparado que un hombre embozado hasta las cejas en una capa negra y montado en una yegua del mismo color y más andadora que el viento, descendía al caer de la tarde de las alturas de ese monte, viniendo como de la ciudad, pero siempre fuera de camino; y por uno ú otro lado entrábase en esta misma aldea. Un venerable anciano, el honrado tío Pablo, que casi siempre parecía estarle esperando á la puerta de una de esas pobres chozas, tomaba las riendas de la yegua así que el jinete se apeaba: y mientras que aquél colocaba y abrigaba al fatigado animal dentro de un pobre cobertizo, el caballero se deslizaba por las paredes de las cortinas y cercados contiguos á la ribera, y se perdía á mi vista entre los sauces y fresnos de su margen derecha.

Muchas noches le ví pasar junto al redil de mi ganado, como una sombra—tal era el paso que llevaba—en direccion opuesta á la que le había visto en la tarde; y nunca por el mismo sitio: tan conocidos debían serle los de esta comarca.

Un pastor de cabras ó de ovejas, si no es completamente estúpido, es curioso; pero un muchacho de catorce años, es diez veces curioso. Ante el espectáculo continuado de las idas y venidas de aquel misterioso personaje, la curiosidad de pastor y la de muchacho, hubieron de despertarse en mí con tal impetuosidad, que hice propósito firme de descifrar el misterio.

Dando vueltas á mi proyecto, se me ocurrió que, para acercarme al personaje misterioso, nada había mejor que ganarme la voluntad del anciano, que al parecer le hospedaba, y que le trataba con tal deferencia; toda vez que el medio de acercarme al soto, y expiar al caballero, era una idea que me repugnaba, no sé si por lo fea ó por lo peligrosa.

Afortunadamente para mí, el anciano, hombre discreto y de dulcísimo carácter, se acercó á mí, ántes que yo le buscara. Y era que, sin yo advertirlo, venía siendo objeto de sus atenciones, y hasta de su cariño, desde que me había visto por estos vericuetos, tan cuidadoso de mi hato de cabras como diestro tañedor de un rabel, con cuyos sonidos, tal cual acentuados, solía entretener mis ocios y alegrar á mis cabritillos, dando animación á estos solitarios valles.

Habíame visto alguna vez sacar de mi zurrón un libro, y sentado sobre una peña en la cumbre de alguna colina, desde donde podía pasar revista de una ojeada á todo mi hato, enfrascarme en la lectura de las proezas del Cid ó de Bernardo del Carpio unas veces, entretenerme otras con las agudezas de Bertoldo y Bertoldino, hasta el punto de olvidarme de mi oficio y no advertir que mi ganado se había medido en los valles ó en los trigos, y que el buen anciano me los había careado, evitándome una penada, y gozándose en mi embelesamiento.

En una de esas ocasiones (lo recuerdo bien, era despues de medio día) se acercó á mí, y con el acento más afectuoso me dió á entender mis descuidos y el servicio que más de una vez me había prestado; «pero como no siempre, añadió, podré yo ser tu rabadan, se hace forzoso que te lo advierta, para que vivas un poco más precavido; porque los dueños de esos sembrados, y sobre todo el guarda, es fácil que no vean tus distracciones como las veo yo.»

Quiso entonces informarse de los libros que formaban mi biblioteca y hacían mi solaz; con cuyo pretexto examinó mi moral; y como advirtiese que no había comido aún, y que mi prevención para el día era bastante frugal.

—Tú no has comido, me dijo, y yo tampoco: el día está hermoso y el sitio convida: yo vengo hoy más provisto que tú, y en todo caso, tengo más cerca la posada; guarda tu merienda, y demos tras la mía en amor y compañía; otra vez te tocará á tí el turno.»

Diciendo y haciendo echó al suelo su anguarina y unas alforjitas que traía al hombro, de las cuales sacó y puso sobre la piedra sendos tajos de jamon y carne de vaca cocidos, un buen queso del país, pan blanco y una bota de vino tinto.

Las palabras, la actitud, la noble presencia, y el más noble comportamiento del anciano, me habían tenido hasta entónces como sorprendido y medio turbado; pero al ver su sencillez y su desenfado, al recordar mis propósitos y verme ya tan cerca del personaje misterioso, se despertó con nueva fuerza toda mi curiosidad; halagado de este modo en mis esperanzas por el buen anciano, y desde aquel momento fuí otro hombre.

No puedo decir ahora lo que entónces debí hacer y hablar; pero sin duda alguna debí estar inspirado, porque gané allí mismo y desde aquella hora mi pleito.

El cariñoso anciano supo mis descubrimientos, mis aspiraciones, la punzante curiosidad que en mí habían despertado, y mis deliberados proyectos.

Con una sonrisa angelical púsome su mano en la cabeza, recogió los restos de nuestro banquete y...

—¡Bien! me dijo: te prometo que verás satisfechos tus deseos: lo mereces; eres digno del depósito que te quiero confiar; para tí va á descorrerse el velo de ese que te ha parecido un misterio: entre los dos de hoy más no habrá secretos; pero ántes de ello es preciso que yo adquiera el convencimiento de que los sabes guardar; es preciso que me des pruebas de tu discreción y de tu cariño; que nadie, absolutamente nadie más que tú y yo, sepa lo que tú has visto y lo que yo ofrezco revelarte.

Le dí las gracias por la confianza que quería hacerme, añadiéndole que no tendría por qué arrepentirse de ello; puesto que el guardar un secreto no me era costoso en manera alguna: y así era la verdad.

Pero pasaron días y semanas, y meses y años, y el tío Pablo guardaba silencio. Seguía dispensándome servicios: sin que yo me apercibiera de ello no separaba de mí sus miradas; pero ni por incidencia me volvió á hablar del misterioso personaje á quien yo no había vuelto tampoco á ver de cerca ni de lejos hacía muchísimo tiempo. Yo también hice empeño en vencer mi curiosidad, y jamás le volví á hablar del suceso.

En esto cumplí mis diez y ocho años: vino una quinta de milicias, tocóme la suerte, y de pastor me encontré soldado y sin medio alguno de redimir el servicio militar.

El tío Pablo fué entónces á mi casa; procuró consolar á mis padres, y como éstos le manifestasen que querían vender el ganadillo que yo apacentaba para proveerme de algun socorro...

—Nada de eso, les dijo, nada de eso. El ganado no se venderá. Lo que el soldado necesite corre de mi cuenta; no hay que pensar en ello. Y en cuanto á la manada de cabras, en cuyos productos se libra vuestro porvenir, se la buscará pastor. Por de pronto reemplazo yo á vuestro hijo. Mañana mismo le iré relevar y hacerme cargo del hato; y como él y yo hemos de pasar juntos el día, no os cuideis del campango; lo llevaré yo para los dos, y pasaremos juntos el día para aprender mejor la consigna.

Y como lo dijo lo hizo. Al día siguiente, muy de madrugada, fuéme á encontrar á la Peña del Cuervo, provisto de sus alforjas y armado de su cayada.

—Vengo, me dijo, á recibir la lección del pastor y á dar la consigna al soldado. Pero ántes de todo, á cumplir una palabra empeñada á un mancebo que me ha dado pruebas de ser todo un hombre.

Díjome entónces lo que había ofrecido á mis padres, lo que pensaba hacer para que no echaran de ménos mis auxilios durante mi ausencia; y despues que nos hubimos desayunado frugalmente, me habló de la manera que vais á oír.

(Se continuará.)

T. R. P.

UN PLÁCEME A «LA INFANCIA.»

La Revista ilustrada de educacion y recreo, que con aquel título ve la luz en Zaragoza, da cuenta en su número XXV correspondiente al 10 del actual

del certámen literario verificado por su iniciativa entre los niños de ambos sexos que asisten á las escuelas de aquella provincia. Tenemos á la vista el acta de la distribucion de premios y las composiciones premiadas, que hemos leído con verdadera fruicion. No se puede pedir más de niños y niñas de 7 á 13 años. Tan satisfactorios adelantos en la enseñanza, dicen más en favor de los Maestros y de los pueblos de aquella provincia, y de los niños, y de sus padres, y de las autoridades que protegen á los maestros y multiplican las escuelas, y de nuestro colega *La Infancia* que procura estimular ese celo y aquellos adelantos... que todo lo que nosotros pudiéramos decir aquí. A todos enviamos un pláceme cordialísimo en testimonio de nuestra adhesión y de las simpatías que despierta en nosotros todo lo que tiende á fomentar la educacion y la enseñanza.

No siempre hemos de llorar amarguras y vergüenzas en ese terreno. Y como es más grato elogiar que censurar, hoy tenemos el gusto de registrar un notable adelanto y un ejemplo digno de ser imitado en nuestro país.

VIAJES.

AVENTURAS PELIGROSAS DE UN MARINO.

(Continuacion.)

Me despertó al rayar el alba una música extraña, no discordante por cierto, y ví á los indígenas que recorrían las calles tocando tambores, soplando con unos cuernos y haciendo resonar unos triángulos de oro con varitas del mismo metal: la multitud era numerosa y toda la gente llevaba el traje de fiesta, que consistía en una simple banda de tela prolongada hasta las rodillas, con la cual puede decirse que estaba desnuda. Creí que todo aquello era en honor mio; pero mi patron me quitó la ilusion diciéndome que iba á asistir á la Asamblea del pueblo que el rey tenía todos los meses, excepto en invierno, el día de la luna llena. Las presentaciones se hacían en un inmenso patio del palacio, cuyo pavimento era de piezas de mármol blanco esmeradamente pulimentadas é incrustadas en un círculo de oro puro.

Cuando entré en aquel patio quedé estupefacto viendo á los hombres vestidos únicamente con un trozo de tela ligera y completamente desnudas á las mujeres, sin que por eso parecieran avergonzadas, no obstante su costumbre de estar habitualmente vestidas y de conducirse con las reservas convenientes. En el fondo del patio se elevaba un inmenso dosel de vivos colores, cuyo fondo, formado con placas de oro pulimentado, reflejaba los rayos del sol de un modo deslumbrador. Debajo de él había dos tronos también de oro en que estaban sentados el rey y la reina: sobre los dos primeros escalones del trono del rey se hallaban cuatro *noos* ú hombres sabios; despues los ancianos: á cada lado de los tronos habían encadenado dos enormes tigres vivos: los cortesanos llenaban el patio; pero estaban separados del dosel por una guardia de jinetes con el sable en la mano y la lanza baja. Todo el que entraba en el patio tenía que atravesar una fila de estos guardias, inmóviles como estatuas sobre sus pequeños caballos.

Al acercarse al dosel era de rigor echarse boca abajo y arrastrarse en esta posición hasta los pies del trono del rey y saludarle tres veces levantando la mano hácia él, pero nunca la vista. Un guardia tocaba entónces con la punta de la lanza á cada individuo y á esta señal continuaba arrastrándose siempre hasta el extremo opuesto, donde era permitido levantarse y mezclarse con los demás espectadores en las inmensas galerías cubiertas que rodeaban el patio.

Cinco horas tardó en llegarme la vez de ser presentado: avancé resueltamente y al verme ios cortesanos observaron con curiosidad la escena que iba á pasar. El rey se inclinó hácia el *noo* de la derecha y le habló; éste repitió las palabras de su amo á un *noo* más joven, que ocupaba el segundo escalon del trono, el cual las transmitió á un tercero colocado en el límite del dosel; por último, dirigiéndose á mí este último, me preguntó mi nombre; la respuesta fué transmitida del mismo modo en sentido inverso así como todas las sucesivas con arreglo al ceremonial.

—¿De qué país vienes?

—De un país al otro lado del Océano.
 Esta respuesta produjo un momento de silencio primero y algunos diálogos despues.
 —¿Cómo has tomado ese color blanco?
 —Lo he sido siempre, contesté; todos los habitantes de mi país son blancos.

Nuevo silencio y nuevos diálogos, en los cuales oía muchas veces la palabra *edjé* empezaba á encontrar fatigosa mi postura boca abajo y la acogida que se me hacía menos benévola de lo que me había figurado.

—¿Qué hacen las gentes de tu país?
 —Extraen oro de la tierra.
 —¿De qué manera?

La larga explicación que dí fué escuchada en medio del silencio más profundo.

—¿Quieres ir á las minas del gran rey y enseñar á sus esclavos á extraer oro?
 —Con mucho gusto.

En este momento sentí que me tocaban con la lanza en la espalda, me retiré muy contento de poder recobrar la posición vertical y me puse á admirar las inmensas riquezas atesoradas en aquellas galerías. El rey me chocó por su pequeña estatura, que no llegaba á cuatro pies; la mujer era más baja aún; ámbos estaban espléndidamente vestidos. Concluida la recepción, la multitud me rodeó y los más notables *oragonoks*, acompañados de sus mujeres me suplicaron fuese con ellos á sus casas y

aceptase su hospitalidad. Logré excusarme de ello y volví á casa de *Kayar*, donde me esperaba ansiosamente la dulce *Lam-lam*, que quedó muy contenta de la admiración que manifestaba por todo lo que había visto; pero cuando le hablé de la desnudez de las mujeres y del disgusto que me había causado, me dijo admirada:

—Pues esa es la costumbre; todo el mundo va así; ¡qué mal hay en eso!

—En mi país no, le contesté: una mujer que se condujera así sería objeto de desprecio.

Lam-lam me miró de tal manera que conocí la daban pena mis palabras y procuré hacerla comprender que las apreciaciones de los pueblos varían según sus costumbres; pero ella me interrumpió diciéndome:

—Ese es nuestro uso desde la infancia; la que no quisiera seguirlo sería *edjé*, es decir, loca.

LUIS TREGAN.

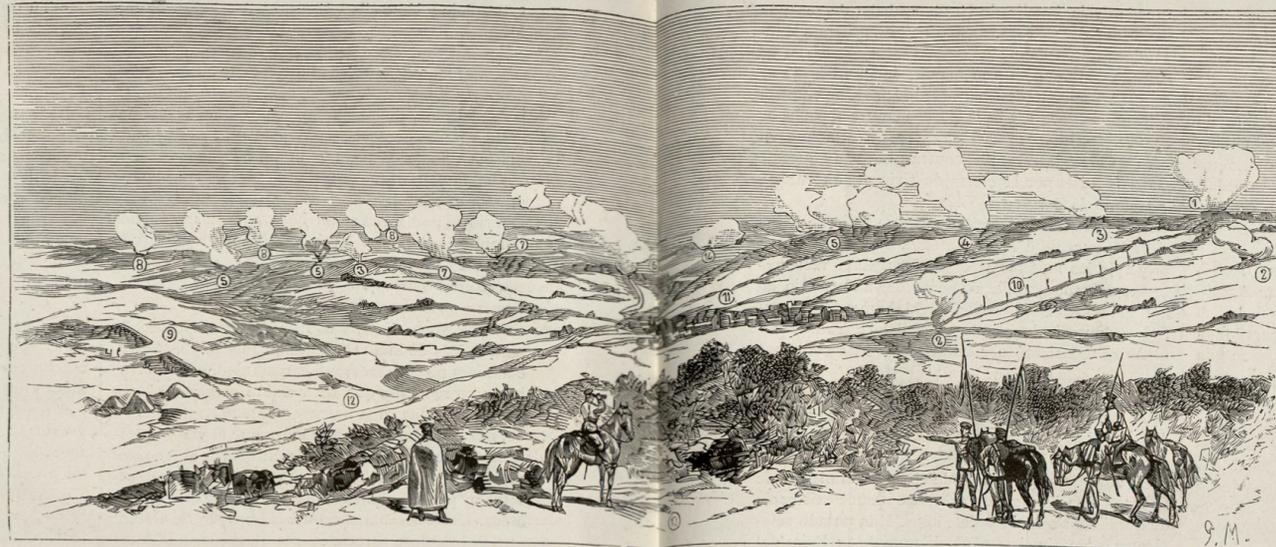
(Continuará.)

LA RELIGION EN RUSIA

SAN NICOLÁS, SAN ELÍAS Y EL ALDEANO.

(Conclusion.)

—El aldeano comenzó á trillar como el santo le había dicho, y cada gavilla le daba una medida de trigo: llenó de él sus panes,



BATALLA DE PLEWNA.

Tercera jornada.—3 Setiembre. Vista de las posiciones turcas alrededor de Plewna tomadas desde el ala derecha de los rusos.

1. Baterías rumanas.—2. Baterías rusas.—3 y 4. Reductos tomados por los rumanos el 8 de Setiembre.—5. Incendio del reducto de Grivitza.—6. Campo atrincherado.—7. Baterías y reductos turcos del centro.—8. Reductos turcos de la izquierda.—9. Trincheras rusas.—10. Camino de Biela á Plewna.—11. Aldea de Grivitza.—12. Camino de Plewna á Sgalewitscha.—13. Colocación de una batería rusa avanzada.—14. Refriega de los turcos con la caballería del general Leschkaroff en el camino de Sophia.

ras, y no le bastaron; tuvo que construir otras nuevas, que también llenó de bote en bote.

—En esto, hé aquí á Elías que vuelve á pasar, siempre acompañado de San Nicolás; y mirando la cabaña del aldeano, exclama:

—¿Para qué la está ensanchando? ¿Qué va á meter en esas paneras nuevas?

—Trigo; porque no cabe en las antiguas.

—¿Y de dónde le ha venido tanto trigo?

—Es muy sencillo: al trillarle no ha puesto más que una gavilla por parva; y cada una le ha dado una medida.

—¡Ah, Nicolás! replicó Elías; tú eres quien aconseja á tu aldeano; aconsejale cuanto quieras; yo te respondo de que te acordarás de mí.

—¿Qué vas á hacerle?

—Me guardaré bien de decírtelo; pero ya verás cómo le ajusto las cuentas.

—Hé aquí el momento de la catástrofe, pensó Nicolás. Y se apresuró á ir á buscar al aldeano.

—Compra en seguida, le dijo, dos cirios: uno grande y otro pequeño, y haz lo que voy á decirte.

Al día siguiente, Nicolás y Elías, pasaban vestidos de peregrinos, cuando se encontraron al aldeano con dos cirios en la mano, uno grande y otro pequeño.

—¿A dónde vas? le preguntó San Nicolás.

—Voy á encender este gran cirio al bienaventurado San Elías, que tan bondadoso se ha mostrado conmigo; mi heredad estaba toda destruida por el granizo, y gracias á la intervencion de tan excelente santo, he doblado la cosecha.

—¿Y ese cirio pequeño para quién es?

—¡Ah! ese es para San Nicolás, respondió indiferentemente el aldeano, y continuó su camino.

—¿Qué dices, Elías, tú que me acusabas de aconsejar al aldeano! Ahora ya debes saber á qué atenerte.

La cosa no pasó de ahí; dulcificado San Elías, dejó de amenazar al aldeano, que vivió dichoso y tranquilo, celebrando desde entonces igualmente las fiestas de San Elías y San Nicolás.

LOS TREINTA Y TRES SULTANES

OTOMANOS Ó DESCENDIENTES DE OTHMAN.

Hé aquí, á título de curiosidad histórica, algunos detalles sobre los sultanes que se han sucedido desde Osman ú Othman I hasta Abdul-Aziz, y señaladamente sobre el fin de cada uno de ellos.

OSMAN ú OTHMAN I, cuyo nombre significa *rompedor de huesos*, nació en 1259 en Soukot, Bithynia. Era hijo de Togrul, sultan del Kharezim. Se estableció en Ko-



BATALLA DE PLEWNA.—Quinta jornada: 11 de Setiembre.

1. Baterías rusas.—2. Gran batería de sitio llamada del mástil.—3. Baterías rumanas.—4. Reducto tomado por los rumanos el 8 de Setiembre.—5. Reserva de infantería rusa.—6. Regimiento que marcha á la carrera.—7. General Zotoff y su Estado Mayor.—8. Arcones de reserva.—9. Aldea de Grivitza.—10. Situación de Plewna tras unas alturas.—11. Ataque de la 1.ª brigada de la 5.ª division rusa.—12. Ataque de los rumanos.—13. Reducto atrincherado en 3.ª línea detras de Plewna.—14. Reducto turco á 200 metros del anterior.—15. Campo atrincherado.—16. Campo atrincherado en 3.ª línea detras de Plewna.—17. Reductos turcos del centro.—18. Reducto turco en el cual fracasó el ataque de la 31.ª division rusa.—19. Reductos turcos de su izquierda.—20. Camino de Plewna á Biela.—21. Camino de Plewna á Pelichat.—22. Ambulancia de la Cruz Roja.—23. Sitio que ocupaban durante la batalla el Czar, el gran duque Nicolás y el príncipe Carlos.